

LOS ESCRITORES DESARRAIGADOS: SU DESCONEJIÓN CON LA REALIDAD ESPAÑOLA

Convenría recordar, en primer término, la situación en que se encontraban los muchachos de mi edad al llegar a América. Nuestro conocimiento de España era limitadísimo, y procedía del ambiente estragado y violento de la guerra civil. Presentíamos, no obstante, nuestra propia importancia: en las penalidades que habíamos pasado y en la incógnita de lo que nos esperaba, reconocíamos oscuramente la fuerza de los grandes acontecimientos. Como, niños al fin y al cabo, ignorábamos las miserias y recovecos de la política, nos creíamos héroes y víctimas de una injusticia espléndida, y teníamos el orgullo del derrotado glorioso. No creo que se pueda entender la mentalidad de mi generación sin considerar, y perdonen la retórica, su inconsciente y elemental patriotismo. Estábamos todos, al menos en el medio en que yo me desenvolvía, intensamente satisfechos de ser españoles, de ser republicanos y de ser desterrados, o refugiados, como se decía entonces.

Tampoco se puede entender nuestra situación sin aludir a la de los países que nos habían recibido. Pasados los primeros arrebatos de entusiasmo y agradecimiento, fue preciso ponerse a trabajar o a estudiar, tratar de adaptarse a la nueva tierra, que ya algunos llamaban "segunda patria". No tardamos en darnos cuenta, al menos los que habíamos llegado a Santo Domingo y México, de tres ineludibles y dolorosas verdades. La primera, que estos países de la dorada América eran pequeños, estrechos y pobres, y que nuestra lucha por la vida iba a ser tan dura como la de los naturales con quienes teníamos que competir. La segunda que, a diferencia de emigraciones anteriores, la nuestra era burguesa, urbana, intelectual, mientras que en los países de adopción la clase media se encontraba aún en estado embrionario. La tercera, y quizá la más clara, que estos países buscaban desesperadamente su identidad nacional, la cual, por el motivo mismo que nos había llevado a ellos, por la llamada "hispanidad", tenía que oponerse a nuestro flamante sentimiento patriótico. Este se manifestaba de mil maneras: recuerdo la ira de un alumno del "Instituto Ruiz de Alarcón" al ver que los mexicanos se habían apropiado a nuestro dramaturgo del Siglo de Oro, y la rabia con que un maestro poco mayor que nosotros tachaba en las papeletas de examen la asignatura "lengua nacional" para poner en su lugar "lengua española".

Nuestros primeros esfuerzos literarios ya reflejaban este conflicto, si no en términos polémicos, sí por omisión y preferencia tácita. Las revistas *Clavileño* y *Segrel*, como lo indican sus nombres, pretendían situarse en la tradición medieval y barroca de la Península. La que editábamos nosotros, *Presencia*, empezó disfrazándose de cosmopolitismo pero pronto derivó a la discusión de la decadencia española y a la conmemoración luctuosa del dieciocho de julio. Era innegable que nos pesaba el pasado, no por breve menos intenso.

Ahora bien, el pasado se alarga, y se aleja. Corrieron los años, terminó la guerra, y nuestras posibilidades de volver a España disminuían en lugar de aumentar. A la vez, nuestras diferencias con el medio no acababan de resolverse. Los que ya se habían comprometido con la literatura, y sobre todo los que como yo mostraban inclinación hacia la narrativa, pronto tuvieron que enfrentarse con el doble problema de saber qué decir y cómo decirlo.

¿De qué íbamos a hablar? ¿De la guerra civil? Apenas la conocíamos; la habíamos vivido en la niñez y desde la retaguardia ignorábamos tanto los hechos concretos como los resortes políticos e históricos. ¿Del nuevo mundo? La verdad es que tampoco lo conocíamos; insensiblemente nos habíamos aislado de él, y él no parecía muy dispuesto a franquearnos la entrada. ¿Del conflicto mismo? Revelarlo equivalía a atacar al país de adopción, lo cual hubiera sido tan ingrato como peligroso; además, para entender bien la dualidad era preciso analizar sus términos, y ya he dicho que no los dominábamos. También planteaba problemas el estilo. Nuestro vocabulario adolescente mal podía convertirse en lengua literaria. Enriquecerlo mediante lecturas nos habría llevado, y a muchos los llevó, al amaneramiento y al pastiche. El dialecto de la nueva residencia, que muchos nos resistíamos a absorber, no correspondía a nuestras necesidades ni a nuestro temperamento. Así que los narradores nos encontrábamos sin materia y sin forma. Y los que preferían la poesía, y que hubieran podido defenderse un poco mejor, tropezaban, por una parte, con sus mayores, poetas como León Felipe y Emilio Prados, afectadísimos por la guerra y el destierro, y por otra, con su propia obsesión por España. No sabíamos entonces que las generaciones peninsulares paralelas o convergentes a la nuestra estaban concibiendo y escribiendo lo que había de ser la *Antología consultada*, un manifiesto profundamente españolista y socializante.

Aún no habíamos resuelto esta serie de dificultades cuando sobrevino para algunos de nosotros el segundo desarraigo, la segunda emigración, esta vez a los Estados Unidos. A primera vista, esto suponía un adelanto, ya que aquí sí había horizonte económico, sí había clase media urbanizada y no había, fuera de algunos rincones recónditos, nacionalismo exclusivista. Había en cambio otros inconvenientes, de los cuales sólo citaré los que atañen directamente al tema: en este país no se hablaba español, y no se vivía a la española, ni siquiera a la hispánica. Sé que a muchos no les convencerá lo que voy a decir, pero yo percibí con gran claridad, al cruzar la frontera, que había pasado de una cultura realista a una cultura nominalista, cuya lógica y cuya estética estaban reñidas con todo lo que yo había asimilado. Por si eso fuera poco, en esta tierra de largas distancias y múltiples actividades perdimos el escaso contacto que teníamos, el modesto ambiente literario que habíamos logrado formar. Con todo lo desagradable que suele ser el mundillo de las letras, sus pequeñas alianzas y enemistades, sus envidias, soberbias y bombos mutuos, es muy necesario a la formación de una conciencia artística y al desarrollo de un esfuerzo habitual.

A la fecha no hemos conseguido definir ni consolidar nuestra situación. No sabemos de fijo quiénes somos ni qué representamos. Todos hemos seguido escribiendo; incluso hemos producido tres o cuatro obras de verdadero mérito. Pero cabría preguntarse si hemos cumplido en la proporción en que se contaba con nosotros, y sobre todo si hemos llegado al nivel de nuestros coetáneos peninsulares. No hay que olvidar que nuestra generación es

la Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Ana María Matute, Luis Martín Santos y Alfonso Sastre, amén de casi todos los poetas del 52. Tampoco a ellos les han faltado obstáculos, pero han tenido al menos la seguridad de vivir en su casa.

En resumen: para mí sí existe la desconexión con la realidad española, y yo no creo, en lo que toca a mi promoción de escritores, que esta desconexión haya tenido aspectos positivos. La única ventaja que teníamos era la incondicionada libertad de expresión respecto a la realidad política española, pero ¿de qué sirve poder hablar de algo cuando ese algo se aleja y se despinta? ¿Libertad de expresión o de invención? Y si bien inventar es una actividad literaria legítima, no se inventa en el vacío, ni se crea de la nada, ni se puede escamotear la literatura entre alardes de oficio y trucos de baraja.

ROBERTO RUIZ

